

Intentando despedir a un compañero de ruta que nos enseñó a conferir sentido al mundo por venir...

Ángel Emilio Riva

Si bien provengo del llamado ámbito de las ciencias duras -ingeniería- tuve la fortuna de acercarme e interesarme por su obra a través de colegas con quienes conformábamos el Grupo de Pensamiento Complejo del Centro de Estudios Interdisciplinarios de la Universidad Nacional de Rosario en 2008. Uno de ellos, Raúl Motta, había trabajado con él en Francia, convirtiéndose de hecho en un referente de primera línea dentro del grupo de trabajo, por su continuo y permanente trabajo de recontextualización de los debates abiertos de los que participábamos.

Complejidad se me presentó en principio como una palabra problema, pero el ámbito de trabajo, multidisciplinario, me fortaleció y me nutrió con herramientas para enfrentar las dificultades del pensar complejo. Un pensamiento ligado a un paradigma emergente que me confrontaba con el paradigma de la simplicidad, disciplinario, disyuntor, hegemónico en los ámbitos universitarios, destinado a poner orden en el universo, persiguiendo al desorden.

Tuve entonces la posibilidad de acercarme a la extraordinaria obra de Edgar Morín a través de debates, jornadas, seminarios. De sentirlo como un autor más en el debate grupal. De discutir gran parte de su producción, a comprometerme en una suerte de desmontaje crítico y autocrítico de la arquitectura racional de la modernidad que ciertamente me había marcado. Lo cual me enfrentó a su vez con los tramados de prácticas y discursos del campo simbólico que hacen a las instituciones en las cuales trabajaba, en sus tradicionales posicionamientos.

Intenté en dicho contexto no solamente realizar mis propias cartografías en el vasto territorio de la complejidad moriniana sino compartirlas, someterlas a la dialógica grupal. Descubrí la importancia de repensar y repensarnos, asumiendo que complejo no es complicado sino entramado, auto-eco-organización. También abrimme a una sistémica que instituye un mundo de conexiones e interacciones permeadas por la mirada del observador, a comprender en profundidad las ecologías de la acción intentando superar las fronteras disciplinarias, pensar transdisciplinariamente, es decir, en, entre y más allá de las disciplinas.

Edgar Morín me acompañó en este caminar, en el que debí superar incertezas, dudas, errores y aciertos que suelen obstaculizar el saber pendiente de lo inesperado, de lo imprevisto, de lo desconocido, como manera de transitar hacia el conocimiento.

Cómo no recordarlo entonces ante la triste noticia de su partida, la cual necesariamente me posiciona en un nuevo punto de partida, me reta a una nueva revalorización de los grandes aportes de su obra: conciencia de ciudadanía planetaria, mundialización en escenarios de convivencia y coexistencia pluriculturales, reconocimiento de los parámetros socioculturales, científicos y tecnológicos al servicio del bienestar y el progreso humano, entre muchísimas otras cuestiones.

Y lo que tal vez más me involucró y me llevó a repensar la institución universitaria como sistema que se auto-eco-organiza y a la que le ‘incumbe’ repensarse a sí misma entramando modos de abordaje originales a través de procesos y resultados que ella origina y que la originan, abierta al ecosistema del que se nutre y al que transforma. Institución portadora de futuros, en continua conformación, recreando lo político educacional, los modos de pensar, educar en y para la sociedad y la vida de las sociedades.

Gracias Edgar por seguir acompañándome, por ayudarme a conferir sentido al mundo y sus complejidades, mi más grande reconocimiento a tu persona y a tus invaluable aportes a la humanidad por venir.